

Mas Octavio creyó que Gaston de Villeroy hacia bien en marcharse.

—Oh! Genoveva! exclamó mirando á todas las mujeres.

Era el grito del corazon.

XXVII.

LAS ESTÁTUAS.

Apenas si el nombre de Monjoyeux era pronunciado de cuando en cuando. Así, pues, causó una verdadera sorpresa el recibir la siguiente carta en la Casa de Oro, en las redacciones de los periódicos, en el taller de los pintores y los escultores, y hasta en la Secretaría de la Academia de Bellas-Artes:

«El señor Monjoyeux y su señora esposa ruegan á
»D. N. N. les dispense el honor de cenar con ellos el
»viérnes 12 de diciembre, á las doce de la noche.

»Las estatuas esculpidas por el señor Monjoyeux,
»estarán iluminadas *a giorno*.

»Avenida de la Emperatriz.»

—Perfectamente, dijo Parisís cuando hubo recibido esta esquela: hé aquí á Monjoyeux preparando su golpe teatral. Vá á probarnos que es un hombre de génio: no faltaré á la fiesta.

Y fué realmente una verdadera fiesta.

Se habló mucho de ella el dia antes: se habló al dia siguiente; pero fué una fiesta sin dia siguiente.

Octavio no esperaba ver tantos carruajes en frente de su casa. Había ido á ella por la mañana para ver á Monjoyeux, pero aunque había insistido mucho para ser recibido, aunque hubiese entregado con aire victorioso aquella célebre tarjeta que le abría todas las puertas, como en otro tiempo al señor de Morny y al conde de Orsay, un criado perfectamente instruido le dijo que ni el señor ni la señora podían recibir al señor duque, lo cual no hizo más que avivar su curiosidad.

A la media noche, cuando se le anunció en el primer salón, quedó deslumbrado por las luces, las mujeres y los diamantes; conocía aquella casa, ó mejor dicho, palacio, donde una célebre extranjera había recibido al gran mundo parisiense; mas nunca había visto tanto lujo en sus salones. Las cortinas, las alfombras, los bronce, los muebles, todo llevaba el sello de una mano espléndida é inteligente. En la antesala, cuyo techo había pintado Cabanel, sostenido por cariátides de Clesinger, se observaba una Margarita en la fuente de Ary Scheffer, y una Cleopatra de Gerome, dos civilizaciones en contraste. En el salón grande, mas severo, aunque mas rico, Ingres, Delacroix, Meissonnier y Diaz, las cuatro expresiones del arte moderno, se disputaban las paredes.

—Diablo, querido! dijo el señor de Parisis á Monjoyeux; haceis bien las cosas.

—Verdad que sí? dijo el cómico escultor, que, según ya se sabe, era entusiasta por las obras maes-

tras; estoy muy orgulloso de vuestra aprobacion, puesto que vos poseeis el mas lindo palacio.

—Es mi único talento, y confieso que siempre me sorprende al ver que los otros lo hacen tan y tan bien. Dad un millon á cien hombres y estos cien hombres os lo gustarán sin dar una prueba de buen gusto.

—Si el gusto se hallase al alcance de todo el mundo, nada habría que hacer. Pero voy á presentaros mi esposa: la veis en aquel grupo de mujeres que parece una cesta de flores?

—Sí: es lo mejor del cesto. Diablo, querido, cuán bella es! Y teneis valor para esculpir el mármol cuando teneis bajo vuestra mano una obra tan maestra? En lo que á mí toca, rompería el cincel para adorar la estatua viviente.

El duque de Parisis fijaba su mirada en la señora Monjoyeux, como si tuviese de ella un vago recuerdo. Parecía reconocerla, bien como le pareció haberla ya reconocido en los Campos Eliseos. «Y sin embargo, decía para sí, jamás he visto á esta bretona que se ha casado con Monjoyeux en Nantes.» Al pasar la señora Monjoyeux le recordó algo como una mujer querida.

El señor de Parisis se encaminó hácia la señora de Monjoyeux, sin inquietarse de si incomodaba ó nó á las señoras que la rodeaban. Sentóse entre el grupo y habló por los codos, de la lluvia, del buen tiempo, de la vida de artista, de sus impresiones, de los jue-

gos del azar, y de los juegos del amor. Pronto conquistó aquellas mujeres, con su talento simpático y burlon á un mismo tiempo.

El señor de Parisis usaba la política de ponerse siempre al lado de las mujeres, diciendo que en las frivolidades que se dicen tras del abanico, hay mucha mas sabiduria, que en las sentenciosas frases de los hombres formales. Cuando una mujer habla, se hace traicion á si misma, abre su corazon sin quererlo, mientras que el hombre no abre con frecuencia mas que su caja de tonterias, hinchado, como es, de vanidad. Y además, como decia Octavio, la tonteria, tiene en las mujeres su precio. Iba mas léjos, y decia que la mujer es perfecta así en el mal, como en el bien, mientras que el hombre, con el pretexto de que es un animal racional, al fin y al cabo no es mas que un animal.

El señor de Parisis se quedó no poco sorprendido, al no reconocer ninguna parisiense entre las mujeres que rodeaban á la señora Monjoyeux. Era la nata y flor de esta sociedad extranjera que reina en los Campos Eliseos, y en la Avenida de la Emperatriz; haba-neras, peruanas, polacas, españolas y otras espresiones de los mundos viageros. Cuando se quiere improvisar un salon, es indispensable recurrir á esos pueblos pintorescos, siempre vivos y alegres que aparecen y se eclipsan, sin dejar hondos recuerdos.

—Cabal, se dijo Octavio: la señora Monjoyeux no teniendo raices en el mundo parisiense, ha abierto su

puerta á los viageros de las cuatro partes del mundo. Tanto mejor: son hermosos pájaros que cantan sin hacerse mucho de rogar, el himno del amor. Esta noche vamos á divertirnos: estoy cierto de que no hay aquí una mujer tonta; y se podrá tener talento sin miedo á las réplicas punzantes.

Mientras hablaba con las señoras, Octavio, echaba una ojeada á los hombres que paseaban ó que discutian, formando grupos en los salones. Se hablaba de los estrenos de comedias, y de algunos pintores y escultores.

Acaso Monjoyeux no representaba ya su comedia? Allí estaban los críticos del lunes, los gacetilleros del sábado, los polemistas del domingo, los cronistas de toda la semana. Habia allí los gentilhombres del *turf*, los patricios del Molino Rojo, del Café Inglés, de la Casa de Oro; algunos hombres políticos, cogidos en su pata por las cómicas; la Academia de Bellas Artes y la Academia Francesa, estaban allí representadas por sus mas jóvenes estrellas. En una palabra, habia allí *Todo Paris*.

Un criado anunció que la señora estaba servida. Monjoyeux rogó á Octavio que diese el brazo á su mujer por mas que hubiese allí otros personajes mas graves. Parisis obedeció con su gracia de costumbre: jamás hacia cumplidos para pasar el primero: este es un buen papel cuando se tienen veinte años. Verdad es, que hay personalidades que se imponen y que se colocan al frente de todo el mundo sin que se sepa

porque. Los hombres no dejaban de sorprenderse al ver que Octavio representaba siempre el primer papel, cuando tantas ilustraciones no tenían mas remedio que seguirle; pero las mujeres encontraban esto muy natural: era jóven, hermoso y altivo; para las mujeres estos son títulos mas formales que los títulos del génio. Y además de esto era porque Moliere desacreditó á los marqueses; tal vez hoy en vista de los principios inmortales, los marqueses no pensarían en desacreditar á Moliere si no tuviese dos siglos de inmortalidad. Hemos andado tanto! El mundo marcha; pero marcha haciendo un círculo.

El señor de Parisis era por otra parte un hombre bien educado que sabia pisar el escenario del mundo; no hablo de su estrategia diplomática, por mas que hubiese nacido diplomático. Cuando se hallaba frente á frente de una ilustracion de campanillas, sabia hácerle un pedestal con su escudo blasonado; nadie, cual él, sabia poner en relieve y en su verdadera luz, un hombre de génio, ó bien, un hombre de talento. Y esto lo hacia tanto mejor, cuanto se mostraba muy impertinente con todas las medianias ruidosas que son la desesperacion de los hombres de verdadero mérito. Decia que cada generacion, dá, á lo mas, en la capital del mundo, cincuenta hombres dignos de ser estudiados, cincuenta inteligencias á las cuales es necesario amar y necesario temer. Octavio no se engañaba: admiraba y adoraba los grandes hombres de hoy dia; pero desde lo alto de su des-

den, decia á los hombrecillos que han subido sobre el escabel del reclamo. «Retiraos que sale el sol.»

Habiase elegido para el brillante espectáculo de un taller, un antiguo teatro íntimo, donde Monjoyeux habia levantado una mesa de cincuenta cubiertos, bajo las espléndidas luces, y bajo los hermosos espejos de Murano.

He de manifestar la sorpresa de todo el mundo, ante el mágico lujo de aquella sala y de aquella mesa? Las mas bellas telas de Indias bordadas de oro y plata, caian á largos pliegues sobre las paredes, y se reflejaban en candelabros de cristal de roca. Bajo cada candelabro se perfilaba una elegante jardinera, ó un esbelto pebetero; aquí un esmalte precioso; allí una maravilla de Sevres. Se andaba sobre una muelle alfombra de Smirna.

La mesa era magnífica: los festines de Pablo Verones no dan una idea de aquellos modernos esplendores. En ciertos lugares donde figuran doradas ó plateadas frivolidades de un falso lujo, Monjoyeux habia colocado estatuitas en grupos. Uno de estos, sobre todo era admirable: era un precioso busto con dos cabezas, representando las dos caras de la mujer, el bien y el mal, el angel y el demonio.

Era el retrato de la señora Monjoyeux.

Ninguno de los convidados, aunque la reconocieron, se atrevió á pronunciar su nombre. A que venia aquel símbolo? Los ojos corrian de sorpresa en sorpresa, la penetracion se perdia en el enigma.

—Señores y señoras, dijo Monjoyeux inclinándose con su gracia de costumbre, bajo el pretexto de convidaros á un banquete, he querido mostraros mis obras. Yo no sé si las encontrareis dignas de vosotros y de mí: yo solo sé que la cena será esquisita puesto que es obra de la señora Monjoyeux.

Elevóse un grito de admiración en torno de la mesa.

—La crítica es de rigor, pero la admiración queda prohibida, dijo Monjoyeux sentándose: contemplad esto á vuestras anchas; obrad como si yo no estuviese aquí. El poeta Destonches ha dicho: «La crítica es fácil y el arte es difícil.» pero desde que Teófilo Gautier y Pablo de San Victor hacen la crítica con todas las magnificencias del arte, nosotros hemos cambiado todo esto. Lo que es fácil es el arte; lo que es difícil es la crítica.

—Hablais con toda libertad, Monjoyeux, dijo Parisis. Teneis razón: la crítica es difícil en frente de tales obras: hace ya mucho tiempo que no he visto que el arte moderno hablase con tanta elocuencia.

—Sí, dijo un músico: estas líneas tan blancas y tan armónicas, cantan como las melodías de Gounod.

—Dícese que los dioses se van, dijo un neogreco: los dioses tal vez, pero no las diosas. Vedlas: estas dos bellas estatuas que andan sobre la mesa, llegan radiantes del Olimpo.

Una mujer joven y hermosa, preguntó que era lo

que representaban aquellas diosas y su vecino, un periodista, contestó:

—En la una yo conozco á Cibeles, ó si vos queréis, la Naturaleza. Ved como estalla en su juventud! Que esplendor, que brillo!

—Pero y la otra?

—La otra, señora, no la conozco.

Esta misma pregunta corrió de boca en boca. Que representa esta estatua? Quien es esta dama? Quien podría adivinar su estado? Es una virgen ó una mujer casada?

El mismo Octavio preguntó á la señora Monjoyeux, cual era el simbolo representado en esta figura.

—Como! no la conocéis? dijo la señora Monjoyeux; esto no obstante la habeis visto muchas veces.

—No la recuerdo: á vos que nunca os he visto, señora, me parece que os conozco; pero esta figura no me recuerda nada.

—Repito, caballero, que la conocéis perfectamente. Una mujer que anda con su pié de marmol, sobre rosas blancas, cual la nive... una muger que mira el cándido azul del cielo... Recordad bien.

En aquel momento las preguntas se hicieron tan vivas, que Monjoyeux dijo sonriendo:

—Como, señores y señoras! no reconocéis la Virtud! Tanto tiempo ya hace que no se encuentra en Paris?

—La Virtud, dijo una española, no lleva ese tra-

je. La Virtud compra sus telas en casa Worth y sus botitas en casa Bonne.

—Como, señora! observó un poeta, no sabeis que la Virtud se viste únicamente con su pudor?

—En Atenas es muy posible, dijo una escocesa; mas en Paris, el pudor es una tela demasiado ligera.

—Pero en cambio el mármol es una tela impenetrable cuya casta blancura protege la mujer: una mujer de mármol nunca está desnuda.

—Es cierto, dijo Octavio; pero esta maravilla tiembla y se estremece debajo de la carne: es la sola crítica que yo puedo hacer de esta obra maestra. Monjoyeux ha hecho de la Virtud mas bien una mujer que una diosa.

—Vuestra crítica es un elogio, replicó Monjoyeux. La Virtud es una mujer y no una diosa. Yo hubiese podido hacerla mas recatada, mas cristiana, mas ascética: hubiese podido darle la palidez de las vírgenes bizantinas; mas yo no hé comprendido así la Virtud. Para mí es la mujer en toda su fuerza y en todo su esplendor. Si ella es la Virtud es porque domina la naturaleza hasta en su parte lujuriosa. Triunfa de su belleza y de su sangre, y huella con sus plantas las encendidas espinas de la voluptuosidad. No es cierto, señores, que esto tiene su sello á lo Metternich?

Al decir estas frases Monjoyeux levantó su vaso de Rhin y bebió despues de haber saludado á su vecina.

La cena comenzaba alegremente: El sabroso perfume de las faisanes, de las becabas, de las ortegas,

de los cangrejos, de las trufas se mezclaban á los perfumes de las rosas, de las fresas, de los vinos de Burdeos, de Borgoña, de Aix, de Johannisberg, sin hablar de los aromas que brotaban de los hombros y las cabelleras de las mujeres. Todo el mundo se embriagaba y entraba en campaña armado con las mas bellas paradojas.

Mas aunque la conversacion recorria las sinuosidades de lo imprevisto, los ojos no podian separarse de las figuras esculpidas por Monjoyeux: la Virtud y los Cibeles, los grupos de niños jugando, el busto con dos caras, todo embriagaba el alma y las miradas de los convidados; tal es el imperio que en el alma ejerce la belleza.

—Hablar en prosa ante obras tan hermosas equivale á no hablar, dijo una parisiense que estaba en frente de un poeta: vamos, señor Homero: improvisad unos versos á Fidias.

—Versos! por quién me tomáis?

—Por un poeta, aunque en esto quizá cometa una bestialidad.

—Por un poeta! No conozco mas que uno, ese maravilloso componedor de rimas, que se burla de todo, hasta de sus poesías, en versos charivarescos.

Entretanto se seguia admirando la Virtud y la Cibeles. La Cibeles parecia esculpida por el cincel vivo y florido de Allegrain; recordaba la misma abundancia y el mismo encanto. La gran diosa tenia la poesía de una amante y la fecundidad de una diosa.

Para ellos era una verdadera fiesta el seguir con los ojos el juego de la cabellera, la belleza del perfil, las ondulaciones de aquellas sábias líneas que corrían con la gracia antigua desde los hombros al seno, desde las nalgas á los muslos, así en los lujuriosos brazos como en las orgullosas piernas. El mármol tenía una fuerza y un sabor incomparables: era la Cibele chorreando vida, menos robusta que si hubiera salido de las manos de Fidias, quizá menos divina; pero en cambio mas humana.

La Virtud era una figura completamente desnuda. Un escultor mediano hubiese copiado á los antiguos que representaban velada á esta figura. Pero la casta blancura del mármol no es ya de sí un traje virginal? Y fuera de esto, si la Virtud está desnuda, ella lo ignora. Es demasiado divinamente cándida para pensar en que carece de túnica.

El artista la representaba en el instante en que el amor la ataca por vez primera. Así como el movimiento en Cupido era vivo y resuelto, el de la Virtud era dulce y sencillo. No se defendía mas que por el candor de su actitud. Monjoyeux era un filósofo que sabía que las mujeres que se defienden con violencia son las que caen mas pronto vencidas, pues la violencia es ya la pasión.

Aquella estatua representaba leal y efectivamente la Virtud. Levantaba sus ojos y buscaba el amor del cielo. Había en ella algo de la ninfa antigua; pero había también algo de la jóven cristiana. El escultor

se había desprendido de las cosas terrestres con ese arte soberano que vence las rebeldías del mármol. Si el amor se hubiese pintado mas audaz, el pudor hubiese volado, porque sus alas están en el alma. Las ninfas de Diana se hubiesen arrodillado al cruzar en frente de aquella Virtud y hubiesen besado en la nieve las huellas de sus piés ligeros; las vírgenes de Vesta hubiesen respirado en su atmósfera no sé que dulzura ni que virtud divinas, el aire vivo de las regiones serenas que calma las tempestades del alma.

Aquel hermoso grupo detenía las miradas de todos. Se le contemplaba de frente y se daban vueltas al rededor suyo con el mismo encanto. La Virtud era tan hermosa que parecia destinada á dar aun mas pesares al amor. El artista la había peinado con extraordinario gusto: había puesto un racimo de uvas en su cabellera ondulada segun el arte antiguo. Había en el rostro, en la garganta en los hombros, en los brazos, en las piernas, en toda la figura, una juventud de contornos, una preocupacion de estilo, una casta y amorosa caricia de cincel, que recordaba á los grandes maestros.

—No es cierto, dijo Monjoyeux, que la Virtud es hermosa?

—En mármol sí, dijo Octavio de Parisis.